

mo erudito cuáquero) *pesa mucho sin duda en la balanza de la Divina Justicia.*

Aún puede hacerse mucho en otro sentido en pro de la ciencia patria; dando á conocer las obras, ya completas, ya escogidas, de los pensadores ibéricos en elegantes é ilustradas ediciones por el estilo de las que publican las cinco ó seis sociedades de *bibliófilos* hoy establecidas en España. Algo de esto pudieran hacer las Academias, en especial la de Ciencias Morales y Políticas, ya que no existe, cual debiera, una especial de *Filosofía Española*.

Tampoco ha de desconfiarse en absoluto de la iniciativa y de los esfuerzos particulares, pues si es cierto que hoy no soplan vientos muy favorables á nuestras ideas, y son muchos los bien hallados con su ignorancia, no faltan eruditos curiosos y entusiastas por la ciencia de nuestros padres, y quizá lo que hoy parece difícil no lo sea mañana. Abrigo la esperanza de que no ha de quedarse en proyecto aquel generosísimo de la *Biblioteca de Filósofos ibéricos*, por V. iniciado en Oviedo en 1859. Convendría formar con tal objeto una nueva sociedad de bibliófilos, dado que de las actuales poco ó nada podemos prometernos; de unas por su índole local (andaluces, catalanes, valencianos, etc.), y de otras por su afición decidida á *Celestinas*, libros de caza, relaciones históricas y otros escritos semejantes, curiosos sin duda, pero de escaso valor científico. Nuestra Sociedad debería ir publicando ediciones (en latín y castellano) de Lulio,

Fox, Vives, Suárez, Sánchez, Servet, Gouvea, Gómez Pereira y sus impugnadores, Vallés, Domingo de Soto, Arriaga é Isaac Cardoso, etc., y de muchos opúsculos de Cardillo de Villalpando, Sepúlveda, el P. Juan de Mariana, Pedro de Valencia y tantos otros, así como de los más notables tratados filosóficos escritos en lengua castellana, tanto por místicos y moralistas de los siglos XVI y XVII, como por muchos pensadores del pasado.

Á las obras de cada autor habría de preceder una introducción en que, aparte de las noticias bio-bibliográficas, se hiciese la exposición y juicio de sus doctrinas, apreciándose á la par sus precedentes históricos y su influencia en los sistemas posteriores.

Urge asimismo, y pudiera realizarse por la Sociedad proyectada, la fundación de una *Revista*, que exclusivamente tuviese por objeto la *propaganda* en favor del estudio de la *Filosofía Española*, ya que existen revistas dedicadas en todo á la ciencia alemana.

Ofrecería, sin embargo, no pocas dificultades la constitución de tal *Sociedad*, ora por la indiferencia con que muchos tenidos por sabios miran nuestra cultura, ora por la resistencia y los obstáculos que opone siempre á toda empresa común el *especialismo*, verdadera plaga erudita. Son muy pocos los que saben desprenderse de sus gustos, aficiones y *terquedades* en pro del interés general.

Por tales razones, es indispensable la iniciati-

va oficial, cuando menos para abrir la marcha y hacer que tome cuerpo y cobre fuerzas el movimiento á favor de dichos estudios. Fuera de que pueden coexistir sin inconveniente, antes bien con notable ventaja, la acción oficial y la particular en sus respectivas formas y con sus peculiares procedimientos.

Y ahora que he desarrollado, aunque brevemente, nuestros planes, paso á hacerme cargo, por lo mucho que con ellos se rozan, de las magistrales decisiones del nuevo Mr. Masson á quien aludí antes. El cual no es ningún doctriño, sino un *hierofante*, un *pontífice máximo*, un *patriarca* del krausismo, jefe reconocido, por lo menos, de una fracción ó cofradía, personaje influyente y conspicuo en épocas no lejanas, varón integérrimo y severísimo, especie de Catón revolucionario, grande enemigo de la efusión de sangre, y mucho más de la lengua castellana. Todos le conocemos, y yo dejaré de nombrarle, porque al cabo me acuerdo de haber sido discípulo suyo, y le debo, entre otros inestimables beneficios, el de afirmarme cada día más en las sanas creencias y en la resolución de hablar claro y á la buena de Dios el castellano.... *per contrapositionem* á las enseñanzas y estilo del referido maestro.

Este, pues, eximio metafísico ha puesto un largo, grave, majestuoso, sibilino y un tanto soporífero prólogo á cierto libro crudamente impío de cierto positivista *yankee*, traducido *directamente* del inglés por cierto caballero particular, astrónomo excelente, según nos informa el pro-

loguista, y persona muy *honorable* (¡manes de Cervantes, sed sordos!); al cual caballero debe de parecerle portentosa hazaña traducir del inglés un libro, supuesto que añade muy orondo *directamente*, como si se tratase del persa, del chino ó de otra lengua apartada de la común noticia, siendo así que hay en España ciudades, como esta en que nací y escribo, donde son raros los hombres y aun mujeres de alguna educación que más ó menos no conozcan el inglés y no sean capaces de hacer lo que el señor traductor ha hecho. Pero no voy á hablar del traductor, ni siquiera del libro que en son de máquina de guerra anticatólica se nos entra por las puertas, libro digno del barón de Holbach ó de Dupuis, escrito con la mayor destemplanza y preocupación, y lleno de errores *de hecho* garrafales, como los de afirmar que la *ciencia nació en Alejandría* y que *los Santos Padres fueron hombres ignorantísimos, sin instrucción ni criterio*.

Tampoco hablaré detenidamente del prólogo, escrito en la forma campanuda y enfática que caracteriza todas las producciones y todos los discursos de su autor. Léale V., amigo mío, y allí verá maravillas. Allí se habla de *las pretensiones de imperio temporal en la Iglesia*; allí se dice que los católicos estamos sumidos en *abyección moral* y en *fanatismo*, que *la religión y la ciencia son incompatibles* (como si no hubiera más ciencia que la que los impíos cultivan y preconizan, y como si ellos mismos hubiesen logrado nunca ponerse de acuerdo en los principios); allí de la *antropo-*

*latria del Pontífice (SEXQUIPEDALIA VERBA)*; allí de la mística sublime cópula verificada en Alejandria entre el Oriente y la Grecia; allí de la solidaria continuidad y dependencia de unas determinaciones individuales con otras que permite inducir la existencia de un Todo y medio natural que constituye interiores particulares centros, donde la actividad se concreta con limite peculiar cuantitativo y sustantiva cualidad en íntima composición de esencia factible ó realidad formable y poder activo formador<sup>1</sup> (esto será castellano de Morería, ó latin de los Estados Unidos. ¡Vaya unos rodeos para ir á parar en la rancia doctrina del alma del mundo, que puede exponerse clara y hermosamente en dos palabras!); y allí, en fin, con tolerancia digna de Atila, de Gengis-Kan ó de Timurbeck, se presenta en perspectiva á los católicos la justicia de la espada, y se aplauden las persecuciones y atropellos cometidos por el tolerantísimo, ilustrado y filosófico gobierno de Prusia. ¿Dónde nos esconderemos de esa espada con que se nos amenaza? Aunque tengo para mí que la espada de este caballero krausista ha de parecerse algo á la de Bernardo (no el de Roncesvalles, sino el compañero de Ambrosio), ó á aquella hoja toledana del fabulista, la cual fué asador en sus primeros años. Pero yo voy á hacer caso omiso de todo lo anterior y del modo cómo aprecia el prologuista lo que él llama *religiones positivas*, como si pudiera haber alguna religión *negativa* ó como si la negación constituyese dog-

<sup>1</sup> Á esto creo que lo llaman ahora *monismo*.

ma. No diré tampoco una palabra del *logos* platónico y del *verbo* cristiano, á cuya cuestión no sé cómo vuelve nuestro sabio después de la brillante fraterna que en otra ocasión le enderezó Fr. Zeferino González.\*

Lo que sí nos importa son los yerros y falsedades históricas que, hablando de España, entreteje en su relato; lo de afirmar, por ejemplo, que se debió al Rey Sabio la traslación de las academias hebreas á Toledo, cosa que hasta entonces el fanatismo de la clerecía no había consentido, siendo así que dichas academias estaban en Castilla desde el tiempo de Alfonso VII, expulsadas de Andalucía por el fanatismo musulmán<sup>1</sup>. Pero aun esto es leve pecado, y tampoco he de hacer grande hincapié en que llame con desdén á España la patria de los dominicos y de los jesuí-

<sup>1</sup> ¿Para quién habrán escrito sus libros de magistral erudición Jourdain, Hauréau, Luciano Leclerc, Graetz y tantos otros? ¿No habrá entre los krausistas quien haya oído mencionar siquiera el colegio de traductores que fundó en Toledo el Arzobispo D. Raimundo, *Canciller de Alfonso VII*? ¿No han leído siquiera el *Averroes* de Renan? ¿No tienen noticia alguna de los trabajos de Domingo Gundisalvo, de Juan Hispalense; ni de los viajes científicos de Gerardo de Cremona, de Herman el alemán y de Miguel Escoto á las escuelas de Toledo? ¿No saben que, según Renan, la introducción de los textos orientales en las aulas cristianas (debida en su mayor parte á la iniciativa del Arzobispo D. Raimundo) divide en dos periodos absolutamente distintos la historia científica de la Edad Media? Pues si de nada de esto se han enterado todavía, ¿con qué derecho se atreven á formular juicios sobre la cultura de un pueblo que le es más desconocido que el pueblo chino, ó que las hordas tártaras? (Nota de esta edición.)

tas, porque hay cosas que sólo desprestigian al que las dice, no á aquellos á quienes se dirige la ofensa. Gloria y muy grande es para España el que de ella saliese el fundador de aquella Orden cuyo hábito vistieron Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Savonarola, Fr. Bartolomé de las Casas, Melchor Cano, Domingo de Soto, Fr. Luis de Granada y tantos otros varones eminentes hasta nuestros contemporáneos Lacordaire y Fr. Zeferino González, lumbreras de la ciencia cristiana. Y no lo es menos el que fuese compatriota nuestro el *capitán* de aquella Compañía en que militaron San Francisco de Borja, San Francisco Javier, Simón Rodríguez, Laínez, Alonso Salmerón, Rivadeneira, Molina, Gabriel Vázquez, Suárez, Mariana, la Puente, Martín del Río, Nieremberg, Cordoniu, Andrés, Eximeno, Hervás, etc., etc., y en que aún militan hombres como los Padres Secchi, Félix, Kleutgen, Liberatore; la cual con sus misioneros evangelizó (y civilizó por ende) gran parte del mundo, y con sus maestros, insignes humanistas y poetas, adoctrinó á la juventud desde las cátedras, inicióla en el conocimiento de la antigüedad clásica, y encarriló las tendencias paganas del Renacimiento, impidiéndolas llegar á la exageración que alguna vez habían mostrado en Italia, y de que hoy los *píos* secuaces del abate Gaume se escandalizan.

Unas veinte líneas dedica mi anónimo maestro á hablar de la Filosofía española, repitiendo con escasas variantes las absolutas de los señores Az-

cárate y de la Revilla, y añadiendo de su cosecha nuevos dislates, que me limitaré á registrar con leve comentario, porque hay cosas que á sí propias se alaban y no es menester alaballas.

1.º «Mientras los demás pueblos europeos convertían, mediante el Renacimiento clásico-naturalista y la Reforma, á propia libre reflexión su espíritu, y se despertaban á la observación diligente y profunda, nosotros quedábamos adheridos y como petrificados en las viejas imposiciones dogmáticas<sup>1</sup>.»

Error histórico imperdonable, aunque se explica bien en un sabio que no lee libros viejos y *construye su propia ciencia, bajo la superior unidad en que comulga con todos los seres racionales finitos*. En España influyó el Renacimiento tanto como en Italia y algo más que en los países protestantes. Traiga á la memoria nuestro prologuista el número prodigioso de humanistas que en el siglo xvi y aun en el xvii florecieron, y se convencerá del culto tributado á la antigüedad en nuestro suelo. Españoles fueron, entre otros mil, Nebrija, Arias Barbosa, Vives, Núñez, Sepúlveda, Oliver, Encinas, Gélida, el Comendador Griego, Antonio Agustín, Páez de Castro, Verzosa, Matamoros, los Vergaras, Luis de la Cadena, Aquiles Stazo, el Brocense, Alvar Gómez de Castro, Calvete de Estrella, Pedro Chacón, Fernán Ruiz de Villegas,

<sup>1</sup> ¿Qué será petrificarse en una imposición? ¿Qué monstruosa amalgama de lo concreto y de lo abstracto! ¡Y todavía se tienen por exageradas nuestras censuras contra la horrida barbarie del estilo krausista!

el P. La Cerda, Vicente Mariner, González de Salas, Baltasar de Céspedes, Pedro de Valencia, etc., sin contar no pocas damas que entendían de letras griegas y latinas más que todos los krausistas juntos <sup>1</sup>.

De muchos de los citados humanistas ya he hecho mérito anteriormente, debiendo añadir ahora que entre ellos los hubo, y en número no escaso, que ni en erudición ni en sagacidad ceden á los Erasmos, Scalígeros, Lipsios, Casaubones y Sciopios, por más que la fama no se haya mostrado con los nuestros bastante equitativa. Precisamente el escritor que más fielmente compendia y personifica las ideas todas y el saber acaudalado por el Renacimiento, es un español, Vives. El padre de la Gramática general es otro español, Sánchez de las Brozas. Pocos hombres influyeron tan activamente en los trabajos filológicos del siglo xvi como los *españoles* Antonio Agustín y D. Diego Hurtado de Mendoza, ya en calidad de obreros, ya en la de *Mecenas*. El mejor comentario de Virgilio se debió al jesuíta P. La Cerda; la mejor ilustración de Petronio á D. Jusepe G. de Salas. Y ciego se necesita ser para no advertir en la poesía lírica, en la historia y en los tratados didácticos del siglo xvi, la influencia del Renacimiento clásico-naturalista, como nuestro sabio le apellida. Ca-

<sup>1</sup> Si en lo del *Renacimiento clásico-naturalista* quiere aludir nuestro sabio á aquellos *renacientes* fanáticos que paganizaron en religión, contestaréle que, á Dios gracias, de estos locos de atar estuvimos libres en España.

balmente el primero de los líricos de esa era, el que cristianizó la musa pagana, trabajando con manos católicas el mármol de la antigüedad, el que verificó la fusión del genio clásico y de la poesía nueva, fué un *fraile* español, teólogo de la Universidad salmantina. Y en cuanto á la Reforma, si no arraigó aquí, á Dios gracias, menos por los rigores de la Inquisición (que no hubieran bastado) que por rechazarla el espíritu nacional, también tuvo secuaces en España, y algunos de no poco entendimiento y ciencia, como saben muy bien los *bibliófilos*, ó séase *libro-vejeros*: los que, al parecer, lo ignoran son los *filósofos* de campanillas que hablan de lo que no entienden.

Después de lo transcrito viene un párrafo muy turbio en que se habla *de la falta de intimidad religiosa que degradó la conciencia de nuestro pueblo*. Como no sé qué es esto *de intimidad religiosa*, paso á coger el *lapsus*.

2.º «Voces aisladas á lo sumo, sin enlace ni consecuencia directa con el proceso de la Edad Moderna, son las que ofrece España, y aun éstas con el sentido y el carácter peculiar á los siglos medios <sup>1</sup>: Vives, Fox Morcillo y Gómez Pereira se distinguen sobre todos <sup>2</sup>.»

Lejos de ofrecer Vives, Fox Morcillo y Gómez Pereira el espíritu y el carácter *de los tiempos me-*

<sup>1</sup> ¡España ofrece voces! *Plaudite cives!* ¡Pobre lengua!

<sup>2</sup> ¿Quiénes son *todos*: las *voces* ó los *siglos*? ¡Vaya una concordancia vizcaína!

dios, son en grado sumo innovadores y revolucionarios, enemigos de la Edad Media y del escolasticismo, hombres, en cuerpo y alma, del Renacimiento. ¿No levantó Vives contra las viejas enseñanzas la formidable máquina de sus siete libros *De causis corruptarum artium*? ¿No maldijo de Averroes é invectivó *In pseudo-aristótelicos*? ¿Es de la Edad Media el espíritu platónico-conciliador del sevillano Fox? ¿No fué Gómez Pereira *cabeza de motín* contra la dominación de Aristóteles?

3.º «Vives (á quien concede nuestro antiguo profesor *saber inmenso*, sin duda porque, como añade, *se educó en medio de Europa*) no lleva su *sentido* (palabra mal usada y sobre toda ponderación impropia) más allá de un *concierto*, que ni siquiera *sincretismo*, entre las doctrinas de Platón y Aristóteles y las de los Santos Padres.»

Aquí hay cosas estupendas. Yo entendí siempre que los sistemas *armónicos* significaban en la historia de la filosofía más que los *sincreticos*, puesto que los primeros entrañan verdadera *composición*, y los segundos sólo *yuxtaposición* de elementos. Creía también hasta ahora que la palabra *concierto* era en castellano sinónima de *armonía* (dícelo Capmany, que sabía lo que se pescaba en tales materias); pero ahora me enseña el maestro que un *concierto* es menos que un *sincretismo*, y que, por lo tanto, el *racionalismo armónico* de Krause es una *filza* de ningún valor respecto al *sincretismo*, que cualquiera puede formar metiendo juntas en el cesto las doctrinas de

Pedro, Juan y Diego, aunque se den de calabazadas. Pero no es esto lo más grave. El *hierofante* de quien vengo hablando, no hace en su juicio de Vives más que repetir *ad pedem littera* un tema del antiguo cuestionario de la Universidad de Madrid para ejercicios del doctorado, tema que desgraciadamente estaba equivocado en los términos, por donde puso en grave aprieto á nuestro paisano el señor de los Ríos y Portilla cuando le cupo en suerte el explanarle, aunque era el tema, según parece, parto del cacumen de Sanz del Río. Luis Vives no intentó semejante conciliación entre las doctrinas de Platón y Aristóteles y las de los Padres de la Iglesia, ni esto encierra sentido alguno, pues los Padres de la Iglesia, colectivamente considerados, no tienen sistema metafísico propio, sino el de Platón unos y el de Aristóteles otros (como todo el mundo sabe), modificados naturalmente con arreglo al dogma cristiano. Mal pueden conciliarse dos cosas cuando una de ellas no existe. El decir las *doctrinas de Platón y de Aristóteles*, como si fueran exactamente lo mismo, y contraponerles las de los Padres de la Iglesia, es una de las ocurrencias más peregrinas que pueden imaginarse. La verdad es, y nuestro sabio lo sabría si hubiese leído á Vives, que, dotado éste de alto *sentido ecléctico*, procede en sus libros *De prima philosophia* con gran libertad de espíritu, acostándose, ya á las doctrinas de Platón, ya á las de Aristóteles, sin soñar en *sincretismos*, ni *conciertos*, ni *Padres de la Iglesia*, de los cuales no recuerdo que cite

más que á San Agustín al hablar del tiempo. Unas veces se acerca al *peripatetismo clásico*, y otras al *platonismo mitigado* que más tarde profesó Fox Morcillo.

¿Y bastan las frases arriba transcritas para calificar á Vives, á aquél que, según una expresión tan ingeniosa como profunda y exacta del señor Campoamor, *sembró no las ideas sino los sistemas á granel?* ¿Quién negará su importancia como metodólogo? ¿Quién los altos servicios que á la ciencia psicológica prestó con el tratado *De anima et vita?* ¿No son relieves de la mesa de Vives el *baconismo*, el *cartesianismo*, y, sobre todo, la escuela escocesa? Y es lo más singular que en el prólogo de que estoy tratando se encomie altamente el mérito de Bacon (sin duda porque fué inglés y protestante) y se menosprecie el de su maestro, á quien él quedó tan inferior en todos conceptos <sup>1</sup>.

4.º «Gómez Pereira... no pasa de enunciar en forma silogística un razonamiento análogo al que constituye el principio del método cartesiano, pero sin el carácter de criterio de indagación, ni la intención sistemática que determina su valor científico <sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> Barthélémy Saint-Hilaire llama á Bacon *presuntuoso y soberbio*, y á Luis Vives *adversario serio de Aristóteles*, encomiando la medida y el juicio del segundo en contraste con la petulancia del primero, de quien dice que *nunca comprendió la doctrina que atacaba, y que destruyó la verdadera filosofía*.

<sup>2</sup> *mática—ífico...* ¡Qué sonsonete tan agradable hacen estos esdrújulos! La prosodia anda tan lucida como la sintaxis con las lucubraciones krausistas.

Es casi seguro que el *maestro* no sabe de la *Antoniana Margarita* otra cosa que lo que leyó en el discurso de entrada del Sr. Campoamor en la Academia Española. Las citas de segunda mano se conocen en seguida. Gómez Pereira atacó en todas sus partes la *psicología aristotélica*, con ocasión del *automatismo* de las bestias; identificó el hecho del conocimiento con la facultad de conocer, y ésta con la *substancia del alma*; afirmó que *las cualidades sensibles no son accidentes entitativos de los cuerpos*; refutó la antigua teoría de las *especies inteligibles*, defendiendo la del conocimiento directo; echó por tierra las *formas substanciales*, propugnando el *atomismo*, como lo hicieron también Vallés é Isaac Cardoso, y asentó otros principios fundamentales de filosofías posteriores, de todo lo cual pudiera nuestro sabio estar al tanto, aun sin registrar la *Antoniana Margarita* (libro rarísimo), con sólo haber leído las notas á los *Discursos Filosóficos* de Forner, la *Apología* del P. Castro *por la Teología Escolástica*, los *Anales de la Medicina Española* de Chinchilla, y los *Ensayos Críticos* de usted, obras todas corrientes y comunes.

Pero ahora reparo que estoy perdiendo la pólvora en salvas, pues no era de esperar que mi maestro hiciese justicia á Vives y Gómez Pereira, cuando en otro párrafo de su lucubración nos enseña que la *Crítica de la razón pura* de Kant *redujo á un mero interés histórico toda la filosofía precedente*. Así quedamos todos iguales. Platon, Aristóteles, San Anselmo, Santo Tomás de

Aquino, San Buenaventura, Bacon, Descartes, Leibnitz, eran tan mentecatos como Raimundo Lulio, Vives, Suárez, Fox Morcillo y Gómez Pereira. Hasta que el filósofo de Koenisberg lanzó al mundo su *Crítica* famosa, nadie había pensado ni discurrido en el mundo.

«¡Cierto que se ven *impresas*  
Cosas que no están *escritas!*»

Resumen: yo comprendía que *se construyese ciencia (krausista)* sin libros ni otras zarandajas, porque para decir perogrulladas no es menester gran erudición; mas ya veo con asombro que para juzgar las doctrinas de un autor, tampoco es necesario leerle ni hojearle siquiera, y basta con cuatro especies cazadas al vuelo en alguna *tesis doctoral* ó en tal cual discurso académico. Con esto y el tono de oráculo y la severidad estoica y algo de aquella fama que autoriza á un hombre para *echarse á dormir*, basta y sobra para decidir *ex cathedra* de cuanto Dios crió, y mirar con desdén á los pobres mortales que no han llegado á semejante pináculo de sabiduría y buena andanza. Pero tanto, tanto...., en verdad, que no lo consienten mis tragaderas. ¿Qué menos puede exigirse de un *filósofo, si no español, nacido en España*, que el que conozca, siquiera por el forro, *la Filosofía española?* Veremos si después de su proyectada *conversión al positivismo* (de la cual ya por estas tierras corren rumores), muda de estilo y tono este mi antiguo é inolvidable maestro.

Y con esto se despide de V. *basta la primera*, su apasionado amigo, admirador y paisano.

SANTANDER, 25 de Julio de 1876.

P. D. En el último número de la *Revista Contemporánea* vuelve á las andadas el señor de la Revilla. De lo que dice daré larga cuenta y razón á V. y al público en mi próxima epístola.

20 de Agosto de 1876.

